

## Unamuno: la figura de Darwin y la doctrina de la evolución

EMANUEL JOSÉ MAROCO DOS SANTOS<sup>1</sup>

*Universidad de Coimbra*  
*Universidad de Salamanca*  
maroco.dos.santos@gmail.com

### SUMARIO

Este estudio constituye un intento hermenéutico de lectura de la doctrina darwiniana de la evolución, de sus implicaciones filosóficas y de sus interpretaciones en el contexto español de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, según la perspectiva del rector Unamuno. Se trata, pues, de analizar la interpretación que el autor realiza de la figura y de la obra del naturalista inglés a partir de los textos que tratan el tema de forma explícita y que se ubican entre los años 1882 y 1912.

*Palabras clave:* lucha por la vida, herencia, selección y adaptación.

### SUMMARY

This study is an attempt to make a hermeneutic reading of Darwin's doctrine of evolution, its philosophical implications and its interpretations in the Spanish context at the end of the 19th century and beginning of the 20th, according to the point of view of Unamuno. It is thus an attempt to analyze the interpretation this author makes of the figure and work of the English naturalist based on texts that explicitly deal with the topic and were written between 1882 and 1912.

*Keywords:* struggle for life, selection, adaptation and inheritance.

<sup>1</sup> Emanuel José Maroco dos Santos es Licenciado en Filosofía por la Universidad de Coimbra y estudiante de doctorado en la Universidad de Salamanca.

## SUMÁRIO

Este estudo pretende ser uma leitura hermenêutica da doutrina darwiniana da evolução, das suas implicações filosóficas e das suas interpretações, no contexto espanhol de finais do século XIX e princípios do século XX, segundo a perspectiva do reitor Unamuno. Trata-se, pois, de analisar a interpretação que o autor realiza da figura e da obra do naturalista inglês a partir dos textos que tratam explicitamente do tema e que se situam entre os anos de 1882 e 1912.

*Palavras-chave:* luta pela vida, herança, selecção e adaptação.

## 1. INTRODUCCIÓN

Si hay un autor que logró una referencia muy enaltecida dentro del pensamiento unamuniano, éste fue sin duda Charles Darwin, que ejerció una influencia sobre la configuración de su sistema filosófico sólo comparable a la de Sören Kierkegaard, Baruch Spinoza y Arthur Schopenhauer. El inglés y su doctrina de la evolución, constituyendo dos marcos insoslayables en la historia del pensamiento occidental, permitieron que Unamuno, consciente de ello, estructurase su propio sistema teórico-conceptual a partir de lo esencial de la doctrina de la evolución, que acepta y reconfigura a lo largo de su producción ensayística.

## 2. UNAMUNO: LA FIGURA DE DARWIN Y LA DOCTRINA DE LA EVOLUCIÓN

La primera noticia que tenemos del acercamiento del rector salmantino a la obra de Darwin se refiere al ensayo “El darwinismo”, publicado en febrero de 1882 en *El Noticiero Bilbaíno* –dos años antes de defender su tesis doctoral en la Universidad de Madrid–, lo que es particularmente significativo, ya que nos permite ubicar la génesis de su acercamiento a la obra del anglosajón en el seno de sus estudios académicos. Desde aquel entonces hasta principios de la segunda década del siglo XX, concretamente hasta la publicación de *Del sentimiento trágico de la vida*, en 1913, no ha dejado de reflexionar implícita<sup>2</sup> y explícitamente<sup>3</sup> sobre

2 Cf. M. Unamuno, *Enseñanza del latín en España, Obras Completas*, Madrid 1966, vol. I; Id., *Sobre la filosofía española, Obras Completas*, Madrid 1966, vol. I; Id., *Civilización y cultura, Obras Completas*, Madrid 1966, vol. I.

3 Cf. Id., *El darwinismo. Prensa de Juventud*, Madrid 1995, 55-60; Id., *Evolución y revolución. Unamuno y el socialismo. Artículos recuperados (1886-1928)*, Granada 1997, 75-83; Id., *Darwin, Obras Completas*, Madrid 1970, vol. VIII, 200-201; Id., *Discurso pronunciado en el Paraninfo de la Universidad de Valencia, el 22 de febrero de 1909, con ocasión del I Centenario del naci-*

el tema, demostrando un enorme aprecio por la vida y por la obra del naturalista inglés. Basta no pasar por alto el susodicho ensayo de 1882, que marca su primera reflexión sobre el tema, para dejar constancia del hondo respeto y admiración que sentía en los comienzos de su actividad intelectual por el anglosajón, al escribir:

“El que se ha atrevido a arrojar a la tradición, a las creencias y al orgullo del hombre de este siglo el reto tan atrevido de declararle rotundamente que no es más que un mono modificado, es un sabio muy laborioso que amó siempre con pasión la naturaleza y que infiltró en el ánimo de su familia el deseo del estudio y del progreso, viviendo feliz en medio de sus hijos<sup>4</sup>.”

Sin embargo, es en 1909, con motivo del *Centenario del nacimiento de Darwin* organizado por la Academia Médico-Escolar de Valencia, que Unamuno expresa con todo el vigor de su pluma el profundo aprecio que siente por el inglés:

“Ahora me siento penetrado de este ambiente de nobleza, de la singular nobleza de este homenaje, que, en honor de un nobilísimo espíritu, estamos celebrando. Sois los estudiantes valencianos los únicos, en España por lo menos, que habéis ideado algo así, de esta augusta religiosidad, en honor de Darwin<sup>5</sup>.”

Empero, esta plena afinidad intelectual sentida hacia el naturalista inglés no le ha impedido circunscribir su insigne importancia, en el contexto filosófico y científico del siglo XIX. El primer síntoma de la referida limitación se nos presenta ya en su ensayo de 1882, en la afirmación del costumbrismo y localismo del saber que obliga a endeudar los hallazgos darwinianos a su entorno histórico-cultural<sup>6</sup>. De este modo, aunque pueda considerarse como fundador de la escuela del evolucionismo histórico por el grado de desarrollo que ha logrado su planteamiento teórico-conceptual, lo cierto es que la doctrina de la evolución ya flotaba en el ambiente intelectual de su época histórica, ya sea en las obras de naturalistas como Lamarck o de economistas como Malthus<sup>7</sup>, ya sea en las obras de filósofos como

*miento de Darwin, organizado por la Academia médico-escolar de dicha ciudad, Obras Completas, Madrid 1971, vol. IX, 252-267; Id. Materialismo popular. Obras Completas, Madrid 1968, vol. III, 363-367; Id., Conversación tercera. Obras Completas, Madrid 1968, vol. III, 385-390; Id., Esencia del catolicismo. Del sentimiento trágico de la vida. Obras Completas, Madrid 1969, vol. VII, 143-155.*

4 Id., *El darwinismo...*, 57.

5 Id., *Discurso pronunciado en el Paraninfo...*, 252.

6 Cf. Id., *El darwinismo...*, 56. “No es esto decir que él sea el fundador, el jefe de su escuela. Si osó lanzar al mundo sus atrevidas ideas, otros inteligentes y célebres naturalistas le precedieron en su mismo camino. Lamarck es uno de ellos y el más conocido.”

7 Cf. Id., *Discurso pronunciado en el Paraninfo...*, 253. “Cuando Darwin hizo su viaje en el Beagle, concibió ya la hipótesis provisoria al estudiar la repartición geográfica de fauna y flora; pero

Hobbes, Spinoza o Hegel<sup>8</sup>. Con respecto a este último, escribe lo siguiente en su ensayo “Darwin”, publicado en enero de 1901 en *El Porvenir* de Sevilla.

“De las migajas de la mesa intelectual de Hegel hanse alimentado no pocos pensadores tenidos en grandísima estima y más leídos aún que el maestro. Si alguien comprendía lo más íntimo de la concepción ideal del siglo XIX, del siglo que bajo los imperios de Kant y de Napoleón se abriera, ese alguien es Hegel. Darwin no fue, después de todo, más que un concienzudo e inteligente especialista, espíritu noble y mente perspicaz, que interrogó a la naturaleza en uno de sus muchos rincones. ¿Por qué, pues, pesa tanto en el pensamiento del siglo XIX<sup>9</sup>?”

Y en el mismo ensayo acerca de la cuestión por sí mismo planteada nos contesta con este otro pasaje:

“Es que no basta concebir vastas y fecundas concepciones ni crear poemas del pensamiento abstracto tan hondos como la *Lógica* de Hegel; es preciso, además, llevarlos a tierra, mostrarlos encarnados en hechos, darles suelo firme. Y si la vasta doctrina de la Evolución fue antes de Darwin concebida, desarrollada y formulada, él fue quien primero la *probó* en un campo concreto de la vida universal. Las leyes de la lucha por la vida, de la selección del más apto, de la adaptación al medio, de la herencia, fue Darwin quien las mostró en vivo. Y sobre todo de la selección. A él se le debe más que a nadie el principio de la selección<sup>10</sup>.”

La figura de Darwin, clásicamente asociada a la afirmación del evolucionismo como escuela de pensamiento, se le presenta a Unamuno como un estudio acerca de los orígenes que ha provocado a partir de mediados del siglo XIX cambios muy significativos en la forma de enfocar el saber humano<sup>11</sup>. Desde entonces las disciplinas de la naturaleza y del espíritu, animadas por el *sentido histórico*, se han vin-

fue en 1838, leyendo al economista Malthus, cuando recibió el súbito rayo de luz que iluminó sus presunciones. En Malthus aprendió lo de la lucha por la vida, debido a que las subsistencias tienden a aumentar en progresión aritmética, mientras los vivientes tienden a hacerlo en geométrica, y las ideas que esto le sugirió, buscó confirmarlas empíricamente estudiando los casos de selección artificial llevados a efecto por ganaderos, y luego la repartición geográfica de animales y plantas y el estudio de la paleontología.”

8 Cf. Id., *Discurso pronunciado en el Paraninfo...*, 253. “Cierto es que la doctrina a que ha dado su nombre flotaba en el ambiente intelectual antes de él formularla, pero él es quien le dio base científica. Hobbes, Spinoza, Hegel, y otros entre los filósofos; Lamarck entre los naturalistas, habían preludiado mucho de ella.”

9 Id., *Darwin...* 200.

10 *Ib.*, 200-201.

11 Cf. Id., *El darwinismo...*, 56. “Carlos Darwin en nuestros días ha fundado una escuela nueva con su obstinado y constante estudio acerca de los orígenes. Su saber y sus trabajos continuados en esta materia, ardua y escabrosa, han causado una profunda emoción en la ciencia moderna por la

culado a una concepción dinámica, o más bien genética de las cosas, permitiendo percibir la realidad en proceso, *in fieri*<sup>12</sup>. Dentro de las mayores implicaciones que ha conllevado la concreción de este nuevo paradigma epistemológico, se hallan, según Unamuno, las profundas reformulaciones del ideal cristiano llevadas a cabo por la escuela exegética alemana a la cual se vinculan los nombres de Harnack y de Sabatier, que le han permitido comparar en sus respectivos siglos las figuras y las influencias de Darwin y Lutero<sup>13</sup>.

A Unamuno, profundo admirador del naturalista inglés, las malas interpretaciones que de su obra se hacían en España a finales del siglo XIX y principios del siglo XX, por el sectarismo católico o anticatólico, le eran igualmente despreciables, no ya porque falseasen el pensamiento del naturalista inglés, sino porque pretendían justificar sus posiciones a costa de la propia verdad científica. No es de extrañar, pues, que el rector salmantino se posicionase a favor del pensamiento darwiniano que interpreta como expresión de amor socrático a la verdad.

Pese a que Unamuno en su ensayo “La esencia del catolicismo”, publicado en marzo de 1912 en la revista *La España moderna* de Madrid, hubiese colocado al anglosajón al lado de Galileo, interpretándole como uno de los maestros de la sospecha capaz de impugnar la creencia del hombre como el centro del reino animal<sup>14</sup>, lo cierto es que para el bilbaíno, ese mismo hecho no podría permitir que los representantes de la Iglesia Católica en el ejercicio de su tarea educativa simplificasen el

osadía con que ha atacado de frente problema tan difícil y por la seguridad con que ha sellado sus doctrinas, que en otro tiempo le hubieran costado algo más que replicas y acérrima oposición.”

12 Cf. Id., *Darwin...*, 200. “Apenas hay disciplina del saber humano que no se haya vivificado en el siglo XIX por la fecundísima doctrina de la evolución. El criterio evolucionista ha sido en él el dominante en las ciencias puras, sobre todo en las ciencias llamadas por algunos concretas. Hijo de él ha sido en historia y sociología el sentido histórico, flor la más preciada acaso del siglo que está concluyendo. Todo se ha visto en proceso, *in fieri*; a la concepción estática ha sucedido la concepción dinámica, o más bien genética de las cosas.”

13 *Ib.*, 201. “Aunque en otro orden el impulso de Darwin en nuestro siglo, en el siglo en que nacimos los que al XX *vamos*, ha sido tan profundo como en el XVI el de Lutero. Los mismos sentimientos religiosos – lo más entrañable y profundo que hay en el hombre – no se han sustraído al movimiento evolucionista o transformista en los más de los hombres a la vez que religiosos de veras cultos del siglo XIX.”

14 Cf. Id., *Del sentimiento trágico de la vida. Obras Completas*, Madrid 1969, vol. VII, 151-152. “Es lo vital que se afirma, y para afirmarse crea, sirviéndose de lo racional, su enemigo, toda una construcción dogmática, y la Iglesia la defiende contra racionalismo, contra protestantismo y contra modernismo. Defiende la vida. Salió al paso a Galileo, e hizo bien, porque su descubrimiento, en un principio, y hasta acomodarlo a la economía de los conocimientos humanos, tendía a quebrantar la creencia antropocéntrica de que el universo ha sido creado para el hombre; se opuso a Darwin, e hizo bien, porque el darwinismo tiende a quebrantar nuestra creencia de que es el hombre un animal de excepción, creado expreso para ser eternizado. Y, por último, Pío IX, el primer pontífice declarado infalible, declarase irreconciliable con la llamada civilización moderna. E hizo bien.”

pensamiento darwiniano con vistas a su ulterior refutación<sup>15</sup>, como tampoco debería permitir a los representantes de la ciencia en sus funciones igualmente educativas enseñar a Darwin como enemigo de toda la religión, sirviéndose para ello de la tesis darwiniana que ubica la génesis de la humanidad en una especie particular de simio<sup>16</sup>. De los varios textos unamunianos que hacen referencia al tema, creemos que el ensayo *Conversación tercera*, publicado en agosto de 1910 en la revista *La Nación* de Buenos Aires, es el que mejor expresa la postura del bilbaíno, que vio en el naturalista inglés la mayor expresión de un saber no dogmático, libre y desinteresado.

“Aquel santo y sabio hombre que se llamó Darwin, espíritu sereno, ecuánime y magnánimo si los ha habido, debió de sufrir sin duda por la necia guerra de dicterios, burlas e inepcias que los teólogos, tanto católicos como protestantes, armaron contra él; pero no sufría menos al ver qué uso hacen de sus nobles y meditadas enseñanzas los ateólogos y los sectarios del otro extremo. En sostener y defender que el hombre no puede venir de un mono pusieron los teólogos aquellos un ardor y un empeño que nada tenían que ver con el amor a la verdad, y en sostener y defender que del mono viene el hombre suelen poner muchos de estos otros un ardor y un empeño también que tampoco tiene nada que ver con el amor a la verdad. Ni unos ni otros pelean por la verdad<sup>17</sup>.”

Más allá de la poca simpatía que sentía Unamuno hacia las interpretaciones sectarias realizadas por los intelectuales de su época, ya sea por lo poco que tenían de amor a la verdad, ya sea por lo mucho que tenían de abogadesca ideología cristiana o anticristiana; lo cierto es que nada le era más detestable que la orientación hermenéutica en la que se insertaban las clases obreras de aquel entonces, ya que para el bilbaíno la destrucción del ensueño cristiano de inmortalidad suponía la anulación del deseo humano de más vida, que se edifica y configura *a priori* a partir del concepto spinoziano de persistencia (props. VI-IX, part. III, *Ética*). El ensayo *Materialismo popular*, publicado en marzo de 1909 en la susodicha revista

15 Cf. Id., *Discurso pronunciado en el Paraninfo...*, 258. “¿Qué cosas se han escrito, señores, en pretensión de refutar al darwinismo! Yo sólo recuerdo ahora las que me hicieron aprender a mí, en la cátedra de Metafísica de la Universidad Central, de un cierto texto de cierto dominico, que llegó a arzobispo y cardenal. Es imposible imaginar razonamientos de una infantilidad más grande. Si quiera daros un rato de divertida jocosidad, no tendríais sino leerloslos.”

16 *Ib.*, 257. “Recuerdo que cuando por primera vez, siendo yo un mozo, me hablaron del darwinismo, me hicieron creer que Darwin enseñaba que las especies actualmente existentes proceden unas de otras y en serie lineal. Y es que el vulgo – y en el vulgo entran muchas personas con carrera – sólo ha cogido de las doctrinas de Darwin aquello de que el hombre viene del mono. Es su especial manera de simplificar las cuestiones, y quién sabe si de este mi discurso no cogerán muchos tampoco más que una frase así, torpe y equivocadamente sintética.”

17 Id., *Conversación tercera. Obras Completas*, Madrid 1968, vol. III, 388-389.

porteña, – cuyo sugestivo título supone si no ya la negación del trascendente de la vida de los individuos, por lo menos la afirmación de una mentalidad inminentemente pragmática y material – integra el esencial de la crítica unamuniana al marco epistemológico en el que se insertaba la clase obrera, que privada de conocimientos elementales para comprender e interpretar obras como *La conquista del pan* de Kropotkine o *El origen de las especies* de Darwin, se complacía ante la puesta en duda del Génesis bíblico y de la fe como forma de inmortalidad:

“Hay veces –escribe el autor– en que me pongo a dudar si convendrá que los obreros sepan leer en vista de las cosas que leen... ¿Qué buscan en Darwin los obreros que a Darwin leen? ¿Ciencia? Creo que no. Buscan –hay que decirlo claramente– anticristianismo, no ya anticatolicismo. Y, claro, no lo encuentran. Buscan pruebas de que proceden del mono, procedencia que parece halagarlos –sin que a mí me repugne– no más sino porque va contra lo que dicen los curas. Y acaso algo peor... Es realmente triste cosa el que hombres que ignoran el teorema de Pitágoras, el modo de resolver una sencilla proporción numérica, la posición y funciones del hígado, la ley de la caída de los graves, la causa de las estaciones, la composición del aire atmosférico, los elementos, en fin, la más elemental de las ciencias, se pongan a leer ciertas obras que presuponen esos conocimientos. No buscan ciencia, no; buscan una cierta seudofilosofía a base más o menos científica y con intención manifiestamente anticristiana y hasta antirreligiosa. Y leen cosas tan endebles y tan sectarias como ese lamentable libro sobre los enigmas del Universo que escribió Haeckel<sup>18</sup>.”

La toma de consciencia de los aspectos intrínsecos al pensamiento darwiniano a la luz de la crítica que Unamuno dirige a las interpretaciones hispánicas del mismo, nos permite determinar la raíz de su propia posición, que no es inmediatamente aceptable si se tiene en consideración que la defensa del pensamiento del anglosajón parece suponer la anulación de la creencia del hombre como centro de la creación divina y de la fe como forma de persistencia.

Según nuestros análisis, creemos que la solución de esta aparente contradicción puede hallarse, de forma bastante explícita, en el susodicho discurso de 1909. Es en el Paraninfo de la Universidad de Valencia –en contra de los que defienden al naturalista inglés como maestro de la sospecha, enemigo del dogma católico, del cristianismo y de toda la religiosidad– que el rector de la Universidad de Salamanca, señalando a Darwin como un hombre parsimonioso, prudente y respetuoso con las creencias de los demás<sup>19</sup>, nos pone de relieve todo el alcance que la doctrina de la evolución tiene en la antropología y teología contemporáneas.

18 Id., *Materialismo popular. Obras Completas*, Madrid 1968, vol. III, 364.

19 Cf. Id., *Discurso pronunciado en el Paraninfo...*, 258. “Se quiso presentar a Darwin como un enemigo, no ya del dogma católico, sino del cristianismo y de toda religiosidad. Y, sin embargo,

Para el bilbaíno, hondo conocedor de la biografía del inglés, que vio en su niñez su fe abalada por el problema del mal y para quien la cuestión de la fe cae fuera de los límites de la razón<sup>20</sup>, Darwin constituye un tópico para interpretar su propia concepción de fe que, estructurándose a partir de un escepticismo vital, se edifica y configura *a priori* a partir de la ruptura epistemológica que mantienen entre sí la *gnosis* y la *pistis* como formas de conocimiento. No es de extrañar, pues, que el bilbaíno sienta una profunda afinidad intelectual hacia Darwin, ya que su escepticismo religioso supone la anulación de la síntesis hegeliana en la confrontación que mantienen dentro de su pensamiento las *facultades cognitivas* –de la sensibilidad y del entendimiento– capaces de disolver las pruebas racionales acerca de la sustancialidad del alma y de la existencia de Dios, y las *facultades pisticas* –del sentimiento, de la voluntad y de la imaginación– capaces de exigir contra los imperativos de la razón la concreción de la pulsión originaria de más vida. Es precisamente dentro de este horizonte hermenéutico donde se hace perceptible la afirmación unamuniana que transcribimos a continuación:

“Volviendo a Darwin, cúpleme declarar que no puedo convenir con los que sostienen que su doctrina ha destronado al hombre, derribándole de aquel su puesto de rey de la creación en que se colocara. No, la doctrina darwiniana ha restablecido más bien, y sobre nuevas y más firmes bases, la suprema dignidad del hombre; la doctrina darwiniana ha vuelto a hacer de él la flor de la creación. Felicísimo estuvo el que llamó a Darwin el último de los profetas<sup>21</sup>.”

De entre los muchos textos que el rector Unamuno dedica a Darwin sobresale, en el momento de determinar su grado de conocimiento del nuevo paradigma epistemológico, el ensayo “Evolución y revolución”, publicado en marzo de 1889 en *El Noticiero Bilbaíno*. Si, por un lado, la intención del título nos coloca de inmediato ante el conocimiento que el rector poseía de las varias escuelas de pensamiento, que se hallaban vinculadas con el paradigma evolucionista, por otro, nos

este hombre tan ridículamente combatido, combatido sin ser estudiado, fue un hombre, no sólo respetuosísimo con las creencias de los demás, singularmente parsimonioso y prudentísimo, sino que fue un alma profundamente religiosa. Pocos hombres habrán sentido tan viva y tan íntimamente como él la solidaridad, no ya con los demás hombres, sino con el universo todo. Su culto a la verdad fue un culto religioso.”

20 *Ib.*, 258. “Y este hombre, maestro del evolucionismo, evolucionó en sus sentimientos religiosos a partir de la fe recibida del ambiente social cristiano de su patria. El problema del mal le llevó acaso a dudar alguna vez de la Providencia divina, y acaso acabó dudando en el fundamento mismo de su fe primera. Pero es que hay dudas mucho más religiosas que ciertas rutinarias y tercas adhesiones a un dogma petrificado y paleontológico. Respecto a estos inquietadores problemas religiosos, escribía a un joven: «la conclusión más segura me parece la de que toda esta cuestión cae fuera del campo de la inteligencia humana, pero el hombre puede cumplir con su deber.»”

21 *Ib.*, 259-260.

permite determinar la posición del rector ante el mismo, ya que la conjunción “y” que vincula los mencionados conceptos –a los cuales se remiten respectivamente los nombres de Darwin y Hartman– supone la confluencia de las dos escuelas dentro de su pensamiento.

En este ensayo, Unamuno, al determinar los conceptos darwinianos de herencia y selección como base de la doctrina de la evolución, interpreta el evolucionismo darwiniano como una transformación lenta y gradual<sup>22</sup> a partir de la cual las especies pasan de una forma a otra sin cambios bruscos por la acción de circunstancias exteriores sobre lo adquirido por herencia<sup>23</sup>. Todavía, siéndole poco simpático el supuesto leibniziano de que *natura non facit saltus* en el cual se basa el evolucionismo del anglosajón<sup>24</sup>, se acerca a la escuela de la *generación heterogénea*, de Kölliker y Hartman, que, según su entendimiento, completa el evolucionismo darwiniano con el concepto de revolución<sup>25</sup>. De este modo, creemos que es en la articulación de estas escuelas donde hay que ubicar la posición unamuniana, ya que en sus ensayos posteriores las referencias a Darwin se remitirán a este presupuesto teórico-conceptual<sup>26</sup>.

De los muchos conceptos darwinianos que el rector Unamuno incorpora a su propio pensamiento<sup>27</sup>, nos merece especial atención la noción de *lucha por la vida* por las implicaciones que supone dentro de su sistema filosófico, que se edifica y configura *a priori* a partir del concepto de persistencia. Asimismo, si en el susodicho ensayo de febrero de 1882, que señala la primera reflexión de Unamuno sobre el naturalista inglés, el vasco concretaba la categoría de *struggle for life* en la línea más ortodoxa del evolucionismo darwiniano, al definirla como una lucha por la obtención de alimentos necesarios a la vida, en la cual sólo los más fuertes subsis-

22 Cf. Id., *Evolución y revolución. Unamuno y el socialismo. Artículos recuperados (1886-1928)*, Granada 1997, 75. “Darwin, sobre las bases de la herencia y la selección, aplicó la ley evolutiva a la transformación de las especies orgánicas, que por pasos lentos e infinitesimales, gradual y paulatinamente, van pasando de unos tipos a otros.”

23 *Ib.*, 75. “Según esta ley, los tipos todos, orgánicos, morales o sociales, pasan de una forma a otra en virtud de las circunstancias exteriores obrando sobre el tipo adquirido por herencia, todo ello por pasos lentos, graduales e insensibles.”

24 *Ib.*, “La naturaleza no da saltos, dijo creo Leibniz, y en nombre de este principio, reconocido y acatado por los evolucionistas como axioma o postulado, se rechaza el cambio brusco, la generación heterogénea. Este es el resumen de la doctrina evolucionista.”

25 *Ib.*, 76. “Frente a esta escuela se levanta otra, que representan Kölliker y Hartman, y sostiene el paso brusco que en el ovario de una especie se verifica hacia otra especie nueva. Esta es la escuela de la generación heterogénea, que sin rechazar la evolución la completa con la revolución.”

26 *Ib.*, 76. “Las dos escuelas luchan, cada cual presenta sus argumentos, cada cual tiene su tesis con mejor o peor fortuna. A mi entender ambas se completan, y es más ventajosa posición la de los heterogenitas porque sin rechazar la evolución admiten la revolución.”

27 Véanse a este propósito los siguientes conceptos: herencia, adaptación, variación espontánea, selección y lucha por la vida.

ten<sup>28</sup> y transmiten sus características a sus descendientes con vistas a perfeccionar su propia especie<sup>29</sup>, en su discurso de 1909, teniendo en consideración sus lecturas posteriores, en concreto de Rolph, reconfigura el pensamiento del anglosajón al colocar como base de la lucha por la vida no ya el instinto de conservación, inherente a la doctrina del ser de Spinoza, ni tampoco el instinto de perpetuación, inherente al dicho bíblico “creced y multiplicaos”, sino el instinto de invasión<sup>30</sup>, lo que no deja de ser particularmente significativo, ya que éste permite radicalizar la orientación ontológica de su hombre de carne y hueso.

La noción de *variación espontánea* mereció, al igual que la anterior, una atención muy cuidada por parte del bilbaíno. Pese a que no constituya una noción recurrente en su producción ensayística, lo cierto es que no deja de vertebrar el paradigma filosófico en el que singularmente se inscribe, al permitir la legitimación del *principio de individuación* que vertebra las filosofías de la existencia<sup>31</sup>. Si la inscripción de Unamuno en el horizonte filosófico que irrumpió a mediados del siglo XIX de la mano de Kierkegaard bastó por sí sola para que tomase clara conciencia de la importancia de dicho concepto, el hecho de que la Generación del 98 fuese un movimiento individualista de salvación de las conciencias individuales

28 Cf., Id. *El darwinismo...*, 58. “Todos los animales luchan incesantemente para adquirir su alimentación. El más fuerte es el que vence, y esta fuerza puede él encontrarla en su conformación, en su órgano especial, en facultades más inteligentes que son otras tantas armas defensivas y hasta ofensivas que le pueden dar superioridad en el combate por la vida. Por consiguiente, los animales mejor constituidos son los que subsisten, y sus ventajas son transmitidas por la reproducción a sus descendientes, quienes mantienen la lucha y van adquiriendo sucesivamente mayor perfeccionamiento, creando nuevas especies.”

29 *Ib.*, 59-60. “De ella resulta que cuanto más perfeccionadas sean las armas con que cada animal cuenta para la lucha por la existencia, tanto más desarrollo él ha de obtener; es decir, que el pavo real, que ostenta una magnífica cola, ha podido, ya que no superar, al menos igualarse en fuerzas con el gallo y el faisán sus más próximos allegados.”

30 Id., *Discurso pronunciado en el Paraninfo...*, 254. “Lucha por la vida, *struggle for life*, se llama a esto, y se supone arranca del combate de cada individuo y de cada especie por conservarse. Hay ya en la *Ética* de Spinoza una famosa proposición, la séptima de la tercera parte, en que establece que la esencia de un ser no es más que el esfuerzo con que se esfuerza por persistir en su ser mismo. Pero en la Biblia está escrito: “creced y multiplicaos.” ¡No: conservaos! Y, como hace notar muy bien Rolph en sus estudios biológicos, no es el crecimiento y la multiplicación lo que les pide más alimento a los animales, y para lograrlo les lleva a luchar, sino que es la tendencia a más alimento, a excederse, lo que les hace crecer y multiplicarse. La tendencia del viviente no es a conservarse, sino a excederse, a imponerse, a absorber a los demás. ¡Desgraciados de los conservadores, de los que se quedan a la defensiva!”

31 *Ib.*, 255. “Junto a esta lucha, más bien que por la existencia, por la sobre-existencia, por la dominación, hay, y para que aquélla ejerza su efecto, lo que Darwin llamaba la tendencia a la variación espontánea, lo de que cada nuevo individuo viviente sea de veras nuevo, sea en poco o en mucho diferente de los que la precedieron, nazca con alguna peculiaridad. No hay dos hojas de árbol idénticas, se ha dicho.”

maximiza la importancia del mismo, ya que el fundamento del referido movimiento supone la afirmación de cada individuo como un ser único e irrepetible.

A este propósito, el hecho de que Darwin hubiese considerado la tendencia a la variación espontánea como un enigma, permitió a Unamuno<sup>32</sup> no sólo reiterar su interpretación de la figura del anglosajón como un modelo ejemplar de amor a la verdad, sino también presentar su propia solución que, bajo la influencia de la escuela de la *generación heterogénea* de Hartman y Kölliker, supone la noción de revolución<sup>33</sup>.

Dentro del pensamiento de Unamuno, las nociones darwinianas de *herencia*, *adaptación* y *selección* son igualmente decisivas a la hora de legitimar la evolución lingüística que sufren los idiomas a lo largo del tiempo. Para Unamuno, catedrático de *Lengua y literatura griega* y de *Historia de la lengua castellana* en la Universidad de Salamanca, cada idioma debe considerarse como una herencia, que, transmitiéndose de generación en generación, evoluciona a costa de la adaptación de sus vocablos a las necesidades de la vida de los individuos y de sus comunidades lingüísticas, las cuales se constituyen como agentes de la selección natural.

Ante esta caracterización de su pensamiento lingüístico, nos vemos obligados a considerar una afinidad intelectual plena entre el esencial de la doctrina darwiniana de la evolución y la posición lingüística del rector salmantino que no sólo acepta el evolucionismo darwiniano como modelo explicativo de la evolución lingüística, sino que también acepta los supracitados conceptos como nociones clave

32 *Ib.*, 255. “¿Cómo se produce esta diferencia radical y primaria, esta peculiaridad que distingue a un individuo de los demás? Darwin, con su profundo sentido científico, con su genial parsimonia, confesó ignorarlo. La tendencia a la variación espontánea la estimó siempre un enigma, pues no era de esos aturdidos, o más bien sectarios, que se imaginan haber la ciencia disipado los enigmas del universo. «Ignoramos – escribía – todo lo que se refiere a las causas de la variabilidad»; y en su obra sobre la *Variación de los animales y las plantas*: «La selección natural depende de que los individuos mejor dotados subsisten en circunstancias complejas y difíciles, pero no tiene nada que ver con la causa original de una manifestación cualquiera de estructura». Es decir, que la selección no crea diferencias: no hace sino conservar y propagar por herencia luego aquellas diferencias individuales producidas no sabemos cómo en un ciclo embrionario. El principio de individuación es un enigma.”

33 *Ib.*, 255. “Y esta diferencia inicial, individual, hija de lo que Darwin, por llamarlo de algún modo, llamó tendencia a la variación espontánea, esa diferencia inicial puede muy bien ser un caso de los que llamamos teratológicos. Se dice y se repite mucho aquello de que *natura non facit saltus*, pero la naturaleza da saltos, por pequeños que éstos sean. La diferencia de un hijo respecto a sus padres es ya un salto en el proceso de la especie. Fenómeno que se observa con singular claridad en la vida del lenguaje, donde el niño desde la primera vez que trata de reproducir la palabra oída, la reproduce muchas veces mal, sin que haya un proceso continuo de la palabra que oyó a la que reproduce. Y si este vocablo así mal reproducido, espontáneamente variado, no crea una forma dialectal, una especie de nueva especie, es porque tales diferencias individuales desaparecen luego, compensándose unas con otras, pues hay que hablar para hacerse entender, y tal es la ley de adaptación del lenguaje.”

para justificar la mencionada evolución. Evolución que desde una perspectiva antropológica, permitió al rector Unamuno considerar la noción nietzscheana de sobre-hombre como la suprema flor de la doctrina de la evolución, ya que el desarrollo filogenético de la humanidad marca el camino hacia el porvenir, haciendo brotar el ideal que guiará la humanidad en la marcha del progreso<sup>34</sup>.

### 3. CONCLUSIÓN

En definitiva, la figura y la obra de Darwin, por sus implicaciones en el pensamiento filosófico occidental, se presentan a Unamuno como dos modelos muy significativos de reflexión, interpretados, respectivamente, ya como ejemplo del amor socrático a la verdad, consubstanciado en una actitud crítica con respecto a la capacidad de las facultades cognoscitivas del ser humano, ya como fidelidad a la vida misma, cambiante y evolutiva, propia de una antropología filosófica que halla en el paradigma evolucionista una de sus formas más específicas de realización.

34 *Ib.*, 263. “El pasado se refleja al provenir, y el camino ya recorrido nos marca la dirección, y, ¿quién sabe?, acaso el fin que tenemos que recorrer. La dolorosa carrera que ha traído al hombre a partir de sus formas inferiores, esa dolorosa y a la vez gloriosísima carrera de la que Darwin señaló el proceso, esa carrera ha hecho brotar en nosotros el ideal, y el ideal es la antorcha que nos guía en la marcha del progreso. Esto lo vio aquel loco sublime, aquel desgraciado Nietzsche, que en su ensueño del sobre-hombre, extrajo la flor de la doctrina darwiniana. Y el pobre Nietzsche ha recorrido la triste suerte de ser mal comprendido, y ha hecho, por lo menos, entre nosotros, en España, verdaderos estragos por culpa de esa mala comprensión.”

## 4. BIBLIOGRAFÍA

## FUENTES

- M. de Unamuno, *Obras Completas*. Edición, introducción y notas de Manuel García Blanco, 9 vols, Madrid 1966-1971.
- Id., *Prensa de Juventud*, Edición de Elías Amézaga, Madrid 1995.
- Id., *Unamuno y el socialismo. Artículos recuperados (1886-1928)*, Ed. Diego Núñez y Pedro Ribas, Granada 1997.

## INVESTIGACIONES

- M. Álvarez Gómez, *Unamuno y Ortega: la búsqueda azarosa de la verdad*, Madrid 2003.
- J. L. Abellán, *Miguel de Unamuno a la luz de la psicología: una interpretación de Unamuno desde la psicología individual*, Madrid 1964.
- P. Cerezo Galán, *Las máscaras de lo trágico: filosofía y tragedia en Miguel de Unamuno*, Madrid 1996.
- C. Clavería, *Temas de Unamuno*, Madrid 1953.
- M. D. Gómez Molleda (ed.), *Actas del Congreso Internacional. Cincuentenario de Unamuno*, Salamanca 1989.
- J. Marías, *Miguel de Unamuno*, Madrid <sup>3</sup>1997.
- F. Meyer, *L'ontologie de Miguel de Unamuno*, Paris 1955.
- C. Morón Arroyo, "Hacia el sistema de Unamuno", *Cuadernos de la cátedra Miguel de Unamuno* 32 (1997), 169-187.
- M. C. Paredes Martín, "Conocimiento y realidad en *Del sentimiento trágico de la vida*", *Cuadernos de la Cátedra de Miguel de Unamuno* 35 (2000), 77-94.
- C. París, Carlos, *Unamuno. Estructura de su mundo intelectual*, Barcelona <sup>2</sup>1989.
- P. Ribas, Pedro, "Unamuno lector de Hegel", *Cuadernos de la cátedra Miguel de Unamuno* 28 (1994), 111-122.
- A. F. Zubizarreta, *Tras las huellas de Unamuno*, Madrid 1960.